

peligroso. Lleváronle á la enfermería, donde le aplicaron los remedios oportunos; pero aunque se alivió algo con ellos no se tuvo por segura su curación, y aun se llegó á temer que perdería por completo el movimiento en aquella parte de su cuerpo. Visitóle el P. Rector; y como le viese en tan mal estado, le dijo: "No es natural lo que en Ud. está pasando; porque, habiendo permanecido hasta el presente sano y alegre, la novedad que le ha sobrevenido, precisamente ahora en los santos ejercicios, me hace pensar que el Señor quiere de Ud. alguna otra cosa; si le parece á Ud. bien lo consultaremos con el Padre General, quien, siendo varón iluminado de Dios y de virtudes no comunes, nos dará á conocer la divina voluntad." "Muy bien está, Rdo. Padre, — respondió el P. Claret. — Fuése, pues, acompañado del Rector á explicarse con el Padre General, y habiéndole éste oído, le dijo con gran resolución: "Es voluntad de Dios que vuelva Ud. pronto á España. Confíe en el Señor y tenga ánimo."

Con esta respuesta tan terminante no le quedó duda al Siervo de Dios de que el Señor no le llamaba á la Compañía, y como humilde lo atribuía á su indignidad, juzgando que no tenía partes para ella; pero se resignó enteramente á la divina voluntad, y á mediados de Marzo emprendió el viaje de su vuelta á España. Como unos cinco meses había permanecido en la corte pontificia; y habiendo llegado á ella desconocido, sin arrimo alguno, sin más recomendación que la dirigida al Ilmo. Vilardell, que de nada le sirvió, salió ahora de ella después de haberse ganado con sus virtudes y ejemplos la confianza y amistad de muchas y respetabilísimas personas, y dejando en pos de sí muy grato recuerdo en toda la colonia española, que hablaba de él como de sacerdote ilustrado y de extraordinaria virtud; lo cual era tanto más de maravillar en Roma cuanto que en ella no se ejerció en ninguno de los ministerios apostólicos que de suyo suelen llamar la atención pública. Sólo su modestia, piedad y celo le abrieron paso entre los demás, que éste suele ser el camino por donde llegan los santos á la cumbre de la fama.



CAPÍTULO VI

ES NOMBRADO REGENTE DE VILADRAU, Y DA COMIENZO Á LAS MISIONES (1840)

1. Prudencia del Sr. Claret en la elección de su residencia en España. — Es nombrado regente de Viladrau. — Su conducta en este empleo. — 2. Inaugura sus Misiones. — Fruto de las primeras que dió en Viladrau, Espinervas, Seva, Igualada y Santa Coloma de Queralt. — 3. El Señor autoriza su misión con milagros. — Extingue con su bendición un incendio. — Cómo curaba los cuerpos el Siervo de Dios. — Eficacia de sus recetas espirituales y corporales. — 4. Ingeniosa manera con que curaba á los que se creían endemoniados. — 5. Deja el cargo de Regente y se traslada á Vich.

1. Antes que el Siervo de Dios partiera de la Ciudad Eterna para España, algunos Padres jesuitas le aconsejaron que, en llegando á ella, fijara su residencia en la religiosa ciudad de Manresa, fortificada y defendida por los partidarios de la reina Cristina, con lo cual, decían ellos, evitaría que el Gobierno de Madrid, tan suspicaz y receloso de los eclesiásticos, le mirara como un emisario de los carlistas, y por otro lado, su virtud y vida ejemplar le defenderían suficientemente de los ataques de la maledicencia que pretendiera suponerle adicto á las doctrinas liberales. Otros, por el contrario, y entre ellos el Rmo. P. Fermín Alcaraz, le decían que sería mejor se estableciese en Berga, país dominado por los defensores de D. Carlos, en donde los religiosos disfrutaban de la libertad que no tenían bajo el Gobierno perseguidor del bando opuesto, y las misiones hallaban protección en las mismas autoridades. Oyó el Sr. Claret con respetuosa atención entrambos pareceres, pero sin obligarse á seguir ninguno de ellos.

Como una sola palabra pudiera haber comprometido su noble ministerio, guardó suma reserva y no se decidió por ningún partido hasta que, llegado á la Península, pudo apre-

ciar por sus ojos el lastimoso estado en que se hallaba Cataluña, teatro de la guerra civil y centro de ejércitos contrarios, y lo dificultoso que era atinar con el recto sendero. Comprendió entonces que para acertar en negocio tan grave y de tanta trascendencia para las almas no bastaba la prudencia de los hombres, sino que era menester la ilustración del cielo, y así acudió á su refugio ordinario, la oración, en la cual el Padre de las lumbres le comunicó celestial prudencia para resolver lo que más convenía á la gloria de Dios. Por de pronto se dirigió á Olot, al lado de su hermano José, y desde allí se puso á las órdenes del Vicario capitular y gobernador eclesiástico de la diócesis, Sr. Vilardel, para que hiciera de él lo que le pareciera más conveniente en el Señor, con lo cual, por medio de la obediencia, salió de dudas y perplejidades, llegando á conocer claramente la divina voluntad. El celoso Prelado no juzgó prudente que se estableciera ni en Manresa ni en Berga, ni que diera por entonces comienzo á las Misiones, tanto por evitar suspicacias políticas, cuanto por lo difícil que era darlas en medio de continuas revueltas y escaramuzas. Mas para desahogar el celo del Siervo de Dios le nombró regente de Viladrau, pueblo situado en un ameno rincón de la majestuosa montaña de Monseny, el cual, como no estaba fortificado ni residían en él habitualmente tropas de ninguno de los dos bandos, era muy á propósito para que el nuevo Apóstol pudiese entrar y salir á todas horas sin estorbo. El párroco de esta elevada población estaba muy achacoso y casi del todo imposibilitado, y así cargó sobre el Sr. Claret todo el peso de la parroquia.

Su conducta en este empleo, de que tomó posesión el 15 de Mayo de aquel año (1840), fué la misma que con tanta edificación había observado cuando era ecónomo de Sallent. Muy de mañana se le veía en el coro de la iglesia parroquial, que está contigua al curato, haciendo oración con las manos puestas debajo de las rodillas. Su corazón, encendido en llamas de amor á Dios y al prójimo, nunca decía basta. Los domingos y días festivos por la tarde, después de la función que se acostumbraba á celebrar en la iglesia principal, iba á la de la Piedad para rezar el trisagio y hacer el *Via Crucis*, y concluido éste predicaba con tan extraordinaria unción y fervor que atraía á la iglesia á toda clase de gentes, ansiosas de oírle, sin

que jamás les fastidiara ó cansara la palabra de Dios escuchada de aquellos labios tan dulces y atractivos. Redoblaba el regente su celo con los jóvenes y niños de uno y otro sexo, enseñábales el Catecismo y les daba instrucciones acomodadas á la edad y condición de ellos, sirviéndose de ejemplos curiosos á la par que edificantes y de comparaciones claras é ingeniosas, para las cuales tenía gracia especial del cielo.

Semejante á una madre que cuando ve á sus hijos en peligro de perecer no puede contenerse, sino que corre á salvarlos á impulsos de su grande amor, así aquel amante de las almas, viéndolas en peligro de perderse, corría á librarlas del modo que le dictaba su ardentísimo celo. Presentóse un día con el crucifijo en la mano á los que iban al baile y á los que estaban ya en la plaza con la música para entregarse á esta diversión, que para muchos es lazo de perdición eterna. Este acto fervoroso, que en otros y en desiguales circunstancias se hubiera condenado como indiscreto, en él, y en el caso en que se hallaba, se consideró como efecto natural de un corazón sobremano solícito de salvar los pecadores (1). Así lo acreditó el feliz resultado de él, porque muchos se movieron á compunción, y aterrados por el temor de los divinos castigos desistieron del baile.

Aquí, como adondequiera que iba, se ganó con su modestia y dulzura el corazón de todos sus feligreses; todos le amaban y respetaban, y hasta los *merodeadores*, restos de los voluntarios carlistas y cristinos sin empleo, que con frecuencia batían la montaña y hacían provisión en el pueblo, le estimaban y veneraban como á hombre extraordinario, lleno de Dios y de su divina virtud.

2. Aunque santamente ocupado en las funciones parroquiales, no se olvidaba del principal objeto á que Dios le había llamado, que eran las Misiones, para las cuales se iba disponiendo con la oración y el estudio, y con el ejercicio de las virtudes más heroicas. Una de éstas fué, sin duda, su singular desprendimiento de los bienes terrenales; pues teniendo presentes aquellas palabras del Salvador dirigidas á sus Apóstoles: "No llevéis oro, ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsi-

(1) Declaraciones del Rdo. Francisco Corominas y del Sr. D. Jaime Bofill. *Ad Art. 21.*

llos,, (1), no quiso percibir del párroco del pueblo ninguno de los emolumentos que, como regente, de derecho le tocaban.

Llegó, finalmente, el suspirado día de empezar las Misiones. Para su inauguración le señaló el muy ilustre señor Gobernador eclesiástico el mismo pueblo de Viladrau, con motivo de la novena que á la Asunción de María santísima allí se acostumbraba á celebrar. El 15 de Agosto de 1840 fué este día afortunado, en el cual los feligreses, que siempre le habían oído con atención y respeto, acudieron más que nunca presurosos á escucharle, y no sin gran sorpresa notaron que el semblante del predicador, revestido ya con el nuevo carácter de Misionero, parecía demudado con una majestad grave y atractiva á un mismo tiempo; que su voz parecía más robusta y conmovedora; que su acento era más flexible y penetrante, llevando al alma, ora sentimientos de terror, ora de confianza en las divinas misericordias; que el giro de su discurso tomaba rumbo muy diverso, pues por medio de un plan bien combinado comenzaba á desenvolver con espantable claridad ante los ojos de la asombrada muchedumbre el terrible cuadro de las verdades eternas. Las lágrimas y los sollozos del auditorio compungido y las innumerables confesiones que á ellos se siguieron, dieron claras muestras del maravilloso fruto que produjo la palabra del nuevo Misionero en todos los corazones.

De Viladrau, con la autorización de su Superior eclesiástico, pasó el Siervo de Dios á la parroquia de Espinervas, situada á una larga hora de distancia, en donde hizo la segunda Misión con no menos fruto y aprovechamiento de los fieles. A las dos precedentes superó en mucho la tercera Misión, dada en la parroquia de Seva, tanto por la muchedumbre innumerable de personas que á ella acudió, como por el feliz resultado de la misma. Fué tan ruidosa en toda la comarca que le mereció justamente la fama de Misionero, y así de allí en adelante éste fué el calificativo que le dieron las personas sencillas, llamándole con mucho cariño y respeto el *misionero Mo-sén Antón Claret*. En Noviembre de aquel mismo año dió otra Misión en Igualada y otra en Santa Coloma de Queralt con el mismo concurso y aceptación de las precedentes.

(1) Matth., X, 9.

De lo ocurrido en estas excursiones apostólicas habría mucho que decir si hubieran llegado hasta nosotros noticias más concretas de las conversiones maravillosas que en ellas se obraron, y si razones de prudencia no aconsejaran callar otras por respeto al sacramento de la Penitencia. El entusiasmo de los pueblos era general, y no sólo acudían á oírle los habitantes de la población en donde predicaba, sino también los de los pueblos vecinos, y algunos de muchas leguas de distancia. El Rdo. P. Clotet, uno de los Padres primitivos de nuestra Congregación, y que trató desde el principio de ella con mucha intimidad al Siervo de Dios, después de haber leído las relaciones de muchísimas personas que asistieron á las primeras tareas apostólicas del Sr. Claret y vieron al ojo el fruto general que en todas partes recogía, dejó escritas en sus Memorias estas valientes expresiones: “¿Qué diré yo de lo que sucedió en aquellos pueblos? ¿Qué de sus pláticas y sermones? ¿Qué de los escogidos textos de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres de la Iglesia? ¿Qué de aquellas sólidas razones, de aquellas hermosas comparaciones, de aquellas palabras de vida eterna que cautivaban el corazón de sabios y de ignorantes, de justos y pecadores? Era su palabra como caudaloso río que todo lo arrasta.” “Empezó á predicar, — dice el Rdo. D. Felipe Rovira, que fué su secretario y confesor por espacio de diez años, y que ya entonces le tenía conocido, — empezó á predicar llamando tanto la atención, que acudían á oírle los habitantes de los pueblos y comarcas, dejando casi desiertas las poblaciones para poderse confesar con el Apóstol, como luego las gentes le llamaron.”

3. No poco contribuyeron al prodigioso resultado de las Misiones del nuevo Apóstol algunos hechos maravillosos que el Señor obró por intercesión de su Siervo, y que corrieron de boca en boca afianzando la fama de santidad de que ya disfrutaba. Como su caridad para con el prójimo era inagotable, acudía con presteza á cualquier necesidad que ocurriese con intento de remediarla en cuanto estuviera de su parte, y rara era la vez que no llegaba el primero al lugar de la desgracia para prestar el auxilio conveniente. Quiso Dios premiar alguna vez de un modo visible tan caritativas diligencias, como se verá por algunos casos que vamos á referir. Habiéndose cierto día pegado fuego á la masía llamada el *Noguer*, propiedad

de D. Jaime Bofill, presentóse el Siervo de Dios luego que lo supo, y dando vueltas alrededor de la casa iba echando su bendición sobre las voraces llamas. ¡Cosa admirable! Como si el agua cayese á chorros sobre el fuego devorador, se apagaba al instante en las partes que bendecía, y la gente que allí había, sorprendida no poco de lo que estaba viendo, exclamó entusiasmada sin poderse contener: “¡Milagro, milagro! El fuego se apaga en los puntos que Mosén Antón Claret ha bendecido.” Dentro de algunos instantes ya no fueron necesarios los afanes de aquella muchedumbre de hombres y de mujeres para dominar el elemento destructor, pues se había extinguido enteramente el incendio (1).

En el tiempo que duró la regencia del Sr. Claret en Viladrau la población quedó sin médicos, porque éstos, lo mismo que las familias acomodadas, habían huído á otras partes para librarse de los asaltos de las partidas de ladrones, que andaban por aquellas cercanías robando y maltratando á las personas, cuando no las hacían víctimas de su odio y de su codicia, y de las molestias y vejaciones de las tropas, no bien disciplinadas, que pasaban por el pueblo en persecución de aquellas. En tan triste situación, los pobres no sabían á quién acudir en sus miserias y enfermedades, y muchos perecían por carecer del auxilio de los facultativos y de todo humano socorro. Movido á compasión el piadoso regente, que tan solícito se mostraba en curar las enfermedades de las almas de sus feligreses, pensó también en remediar de algún modo las miserias y dolencias de sus cuerpos.

Para esto compró algunas obras de medicina casera, aprendió á distinguir las plantas medicinales más comunes citadas en los libros, y se proveyó de muchas de ellas, recogidas en la montaña de Monseny, que es uno de los puntos donde se crían con mayor abundancia y variedad. No le fué muy dificultoso enterarse bien de todo esto, porque vivía á la sazón en Viladrau un herborista muy distinguido, el Sr. D. Jaime Bofill, que proveía de hierbas medicinales á las farmacias más acreditadas de Barcelona; y como este buen señor era particular amigo del Siervo de Dios, le proporcionó todo lo que necesitaba y le enseñó prácticamente el modo de conocer las

(1) Relación de D. Jaime Bofill.

plantas medicinales. Con esto y con las nociones generales de Medicina que aprendió en los libros, comenzó á recetar á los enfermos abandonados algunas bebidas, fricciones y otros remedios sencillos que, cuando no sanaban, no podían á lo menos perjudicar á los enfermos.

Mas como el Siervo de Dios en todas sus cosas nunca perdía de vista el fin principal de aprovechar á las almas, cuando prescribía algún remedio material para curar el cuerpo aconsejaba aún con mayor ahinco otra medicina espiritual para la salud del alma, y así tomaba pie de lo uno para lo otro, con lo cual les inducía á frecuentar con mucha fe los santos Sacramentos y á recurrir á Dios con oración humilde y fervorosa, valiéndose de la intercesión de la santísima Virgen María y de los santos. Como por su extraordinaria virtud tenía tanta autoridad con el pueblo, las familias cumplían fielmente cuanto el celoso sacerdote les decía, y acudían al Señor con gran confianza. El Sr. Claret, por su parte, los encomendaba también á Dios, y no parece sino que aquella Majestad soberana, que tanto se complace en que los hombres imploren postrados humildemente ante su trono las divinas misericordias, no podía resistirse á tantas oraciones reunidas que le pedían remedio á las enfermedades del cuerpo, después que, mediante éstas, habían recobrado la salud del alma ó, si la tenían, se habían robustecido mucho en ella. El hecho es que fué cosa de todos comprobada por la experiencia que cuantos seguían fielmente los remedios y consejos que el Siervo de Dios les prescribía, curaban luego de sus enfermedades, y las sencillas gentes atribuían más su curación al médico espiritual y al valimiento que éste tenía para con Dios que á las hierbas medicinales que les recetaba, tanto más cuanto que muchas veces los remedios materiales eran de suyo ineficaces aunque inofensivos, y dados más para salir del paso que con intento de curar por medio de ellos.

La fama de estos sucesos se extendió bien pronto por los pueblos vecinos y aun por toda la comarca, y fué tanta la opinión de santidad en que por esta causa le tenían, que muchas familias le traían los enfermos de puntos bastante lejanos para que les prescribiese algún remedio y rogase por ellos al Señor. El humilde regente se confundía de verse tan estimado y honrado del pueblo, pues él se tenía por muy otro del que la de-

vota muchedumbre le pregonaba; quejábale de ello amorosamente al Señor y se lamentaba con los hombres del tiempo que estas cosas le quitaban, porque, según él decía, *no era su misión curar los cuerpos, sino salvar las almas*. Resistía cuanto le era dable á semejantes peticiones, que tan profundamente herían su humildad; pero al cabo, como eran tantas las instancias y su corazón era de suyo tan compasivo, cedía aunque con pena, y, según su práctica ordinaria, los exhortaba primero á mejorar las costumbres, y luego les indicaba algún remedio físico inocente y casi siempre ineficaz para lo que intentaban los enfermos; pero como no podía dañar, servía á lo menos de paliativo á las curaciones verdaderamente prodigiosas debidas sólo á las oraciones del Siervo de Dios.

Verdad es que muchas de estas curaciones pueden explicarse naturalmente, aunque por ventura no sean efecto de causas naturales; pero hay algunas que no parece pueden hallar solución satisfactoria en la ciencia médica, y que llevan, por lo tanto, impresas el sello del milagro. Apuntaré aquí algunas de ellas, aunque sometiéndolo, como es de suponer, mi juicio, así en ésta como en las demás cosas maravillosas que en adelante se refieren, al fallo definitivo de la Iglesia.

Un niño llamado Francisco Pladevall padecía hacía tiempo un mal de nervios que le causaba agudísimos dolores. Le aplicaron á la pobre criatura muchos remedios, pero todos inútilmente. En tan apurado lance acudieron sus padres al Sr. Claret para que le sanara; éste, después de muy rogado, vencida su humildad por las lágrimas de la desconsolada familia y por los padecimientos del desgraciado niño, hizo que le aplicaran un poco de barro, y entretanto lo encomendó á Dios. Apenas cumplieron lo prescrito por el Sr. Claret el niño recobró enteramente la salud, sin que le volvieran aquellos padecimientos (1).

A un joven de veinticinco años que estaba sin sentido y á punto de expirar le dió un remedio muy sencillo, con el cual á los dos días se puso enteramente bueno. A otro joven de dieciocho años que estaba tullido y no podía moverse, con un sencillo remedio le puso bueno á los pocos días; de manera

(1) Relación de D. Francisco Corominas, párroco que fué de Viladrau, y de varias otras personas.

que se maravillaron cuantos le conocían al verle que por sí solo con gran soltura se encaminaba á la iglesia para dar gracias á Dios y oír la Misa de nuestro Padre (1).

“Mas como no solamente en Viladrau y en sus contornos, sino en todas las poblaciones adonde iba á predicar, le presentasen muchísimos enfermos pidiéndole remedios, y viese que esto servía de estorbo á sus tareas evangélicas, resolvió no prescribirles medicinas corporales, sino prometerles que los encomendaría á Dios, y decir sobre ellos aquellas palabras del Ritual Romano: *Super aegros manus imponent et bene habebunt*, ó darles la bendición. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que muchos á los pocos días volvían á él dándole las gracias y diciéndole que estaban ya curados (2).”

4. Si los medicamentos que el Siervo de Dios prescribía á los enfermos le servían de obstáculo para el ejercicio del sagrado ministerio, por lo cual los dejó, como se ha dicho, de mayor estorbo sin comparación le era el atender á la curación de los energúmenos ó endemoniados. Acudían á él muchísimos que se decían tales, acompañados de sus parientes, y con lágrimas y razones le suplicaban hiciera sobre ellos los exorcismos para libertarlos de los espíritus infernales. Debidamente autorizado por la potestad eclesiástica y movido á compasión del lastimoso estado de aquellos infelices, accedió á los principios alguna vez; pero no tardó en desengañarse, porque la experiencia le enseñó que de mil apenas había uno de quien con certidumbre pudiera afirmarse que estaba poseído del demonio; y por cuanto los exorcismos se le llevaban el precioso tiempo que había de emplear en oír las confesiones de los fieles convertidos, se dijo á sí mismo: “¿Qué haces? ¿En qué te ocupas? En sacar los demonios de los cuerpos, si es que los tienen; pues qué, ¿no es más necesario sacarlos de las almas de los que están en pecado mortal? Además, ¿no podría ser esto un engaño del mismo espíritu maligno para distraerte de tu principal objeto? Cesen, pues, los exorcismos y sigamos otro rumbo.”

Movido por estas prudentes reflexiones, de ahí en adelante no exorcizó á ninguno más; y cuando se le presentaba alguno,

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

(2) Memorias inéditas del Rdo. P. Claret.

que no era raro al principio de sus Misiones, diciendo que estaba poseído de malos espíritus, lo primero que hacía era preguntarle si tenía verdaderas ganas de sanar y si tenía confianza en los remedios que él como sacerdote le daría; y si el otro respondía que sí, como debía naturalmente acaecer, pues por esto acudían á él, les ordenaba los tres remedios siguientes: el primero, que hiciesen una buena confesión de todos sus pecados, y puestos en gracia de Dios comulgasen con viva fe y devoción, porque á los amigos de Dios no puede el demonio dominarlos si ellos voluntariamente no se entregan á su servidumbre, sino solamente á los que se apartan del Señor por el pecado, y de ordinario Dios no permite que el demonio halle entrada en los cuerpos de los que fielmente le sirven; que si bien es muy frecuente en los santos la obsesión, ó sea los ataques del maligno espíritu por de fuera, como azotándolos, aterrándolos con gritos ó aullidos espantosos, etc., la posesión es cosa rarísima, y aun por ventura de ninguno de ellos se podrá probar con certeza que haya sido poseído del demonio mientras fué fiel al servicio divino. El segundo remedio que les daba era rezar siete veces el Padrenuestro y el Avemaría á la santísima Virgen en memoria de sus siete dolores, porque contra el enemigo infernal las armas más poderosas son la oración y la invocación del dulce nombre de María. El tercero que tuviesen mucha paciencia en los trabajos, no dejándose llevar de la ira ó del enfado; porque había visto que algunos, á causa de su mal genio y de su natural sobradamente áspero é iracundo, con facilidad se perturbaban, y en el furor de su pasión se agitaban y retorcían como si fueran energúmenos. Si eran personas de quienes se podía sospechar que cometían excesos en el beber, les mandaba que se abstuviesen de vinos y licores; porque había observado que ciertas personas, después de calentarse harto la cabeza apurando repetidamente las copas, cometían no pequeños disparates y después echaban la culpa á los demonios. Era cosa de risa á la vez y de consuelo el ver que la mayor parte de los pretendidos energúmenos que iban á él por remedio, con estas tres recetas que el Siervo de Dios les prescribía sanaban muy luego de su quimérica dolencia, y á los pocos días tornaban á dar las gracias al P. Claret, diciéndole que se hallaban ya enteramente libres de los demonios. Poreste medi lle ovó no

pocos á mejor vida y corrigió en muchos la fatal costumbre de la embriaguez y del mal genio, que perturbaba varias familias.

Hablando después el P. Claret con algunos Padres de nuestra Congregación, entre los cuales se hallaba el P. Clotet, les decía: "No diré yo que no los haya, pues he conocido algunos, aunque pocos. Algunas personas, — añadía, — encontré yo en las Misiones que eran tenidas por posesas, y habiéndose convertido decían francamente que no tenían tales posesiones ni eran molestadas del mal espíritu, sino que lo fingían para llamar la atención y ser compadecidas y socorridas, ó por otros fines perversos. — Decíame una mujer, — continúa el Sr. Arzobispo, — que todas sus acciones las hacía con entero conocimiento y con perfecta malicia; pero que eran tan raras y tan extraordinarias que á ella misma la dejaban admirada, y que sin duda la ayudaba el diablo, no por la posesión diabólica, sino por la malicia de su pervertida voluntad, porque ya conocía ella que aquello le era naturalmente imposible. — Otra que vivía en una ciudad muy populosa me contó que de tal manera había sabido fingir que estaba poseída del demonio, que por mucho tiempo le habían hecho los exorcismos, y con sus ficciones demoníacas había engañado á veinte personas distinguidas por sus virtudes y por su ciencia. Estos y otros casos que pudiera referir me hicieron andar con mucha cautela en materia de energúmenos."

5. Contentísimos sobremanera los habitantes de Viladrau con tener en su regente un médico tan favorecido de Dios, que, primero con sus sencillas medicinas y después con sus oraciones, volvía la salud á los enfermos, se afligieron mucho cuando vieron que, mientras el Siervo de Dios estaba ausente dando Misiones en otros pueblos, habían fallecido algunos. Amarguísimo era el llanto de los parientes del difunto cada vez que aquél volvía á Viladrau después de sus correrías apostólicas. Iban á él, echábanse á sus pies, y le decían, como Marta á Jesucristo hablando de su hermano Lázaro: "Si usted hubiese estado aquí, no hubiera muerto mi hermano, mi madre ó mi sobrino." Enterneciase el compasivo corazón del Sr. Claret al oír tanternas quejas y lamentos, y no sabía cómo consolarlos, porque no podía él resucitar á los muertos. Pero sus buenos feligreses le pedían con mucha instancia que no se

separase de la población para poder atender á las necesidades imprevistas que podían ocurrir en su ausencia.

Mas por otro lado el Señor le llamaba á la importante obra de las Misiones, á la que tan feliz comienzo había dado; y como el continuar en el cargo de regente le había de ser necesariamente estorbo, y no pequeño, para lo segundo, y más atendida la nueva actitud de sus feligreses, entre la compasión natural, que le inclinaba á complacer á aquellos sencillos habitantes, y el celo de la gloria de Dios, que le estimulaba á recorrer las ciudades, los pueblos y las aldeas para anunciar la palabra divina y pegar el fuego del divino amor en todas partes, escogió, como era justo, dejar la regencia de Viladrau, desembarazándose para siempre de este obstáculo á su celo. Escribió, pues, á su Superior pidiéndole que le exonerase de aquel cargo y haciéndole ver las ventajas que para la gloria de Dios resultarían de esta medida, puesto que así le tendría más dispuesto y libre para ir á predicar adondequiera que le enviase. Accedió gustoso el señor Gobernador eclesiástico á su demanda, y por su consejo el Sr. Claret se trasladó inmediatamente á Vich, con grande sentimiento de los moradores de Viladrau, que lloraban en él la pérdida de un inteligente maestro, de un caritativo médico y de un bondadoso padre.



CAPÍTULO VII

DE LAS MISIONES DEL PADRE CLARET EN GENERAL

1. Objeto y utilidad de las Misiones. — 2. Cómo se preparaba para ellas. — 3. Del método y estilo con que predicaba. — 4. De los medios de que se valia para hacer fruto en las Misiones. — 5. De otros medios con que atendía al provecho de las almas. — Sus pláticas en los caminos. — Cómo interpretaba las bellezas de la Creación. — Facilidad con que por este medio se elevaba á Dios é introducía conversaciones espirituales. — Una *Samaritana* convertida. — Milagrosa confesión de un arriero y un carretero. — Contrabando milagroso. — Distribución de estampas, libritos y hojas sueltas. — Conversión de un comandante. — Repartición de rosarios, escapularios y medallas. — 6. De los obstáculos que halló en las Misiones. — Paso milagroso de un torrente. — Un ángel le acompaña en el camino por entre la nieve. — Trasládase milagrosamente á Vich para consolar á su bienhechor D. Fortián Bres. — El manteo rasgado y milagrosamente compuesto. — Persecuciones de los hombres. — Circular del arzobispo de Tarragona defendiendo al Sr. Claret. — Los demonios le hieren y la Virgen le cura. — Cómo los demonios trastornaban los elementos para impedirle predicar. — El demonio flautista.

1. Gustosos entraríamos á referir desde luego los interesantes hechos del P. Claret en sus Misiones si todos los que han de leer estas líneas estuvieran bien enterados de lo que ellas son, de su importancia y necesidad, de lo que en ellas suele practicarse y de algunas otras cosas que, siendo comunes á todas las Misiones dadas por el Siervo de Dios, empecerían, dichas en otro lugar, la fluidez de la narración á más de ocasionar repeticiones inútiles y enojosas.

Por Misión no entendemos aquí exclusivamente la serie de instrucciones y sermones que con este título se dan más ó menos días á las ciudades, villas y aldeas, sino el conjunto de los actos del Misionero hechos con intento de instruir en la Religión cristiana á sus prójimos y de salvar las almas de ellos apartándolas del pecado é induciéndolas á la práctica de la virtud, ora por la enseñanza y explicación del Catecismo, ora por las predicaciones, instrucciones y conferencias, ó por otras cosas semejantes. Desde que el Verbo ó palabra de Dios